

“Los amantes”,

versos de Cortés Ahumada

Escribe: HUMBERTO JARAMILLO ANGEL

Una ocasión, desde Méjico, en donde vivía alegre pero discreta vida de bohemio, con pasaje obsequiado por un generoso amigo, se marchó, como nuevo Simbad, para el Japón, José Juan Tablada.

Fue, Tablada, un poeta para quien, el país de los abanicos, los fieros dragones, las finas lacas, los finos y vistosos biom-bos, los kimonos, las dulces geishas y los pequeños muebles de bambú, al igual que la pura esencia de sus *hai-kus* o que la pura fragancia de sus flores de almendro, jamás perdió su mágico encanto aun después de haberlo visto, palpado, olfateado y escuchado, de cerca, en su propio reino de misteriosos secretos y de misteriosas fuentes de arcana poesía.

Casi nadie recuerda, hoy, en la patria de Nervo, al pobre José Juan Tablada. Exacto a lo que sucede, por ejemplo, en la Argentina, con Lugones, en Uruguay con Herrera y Reissig o en el Perú con José Santos Chocano. ¡Cómo se olvidan, y pronto, los pueblos, de sus grandes poetas! Tablada fue al mundo de los ibis y las porcelanas en busca de sensaciones y de ensueños para su romántica bohemia de poeta modernista. Encontró, como la cosa más natural para su espíritu, el jardín supremo del *hai-ku*. Se dejó poseer de su mágico hechizo. Aprendió su técnica y, al regreso a Méjico, aquella breve forma del poema, se hizo tan mejicana como cualquier viejo aire azteca o cualquier primitivo son de Jalisco o Guanajuato.

Y el *hai-kai*, luego del regreso de Tablada, se tornó en cotidiano alimento estético de los poetas de Méjico. José Juan, al inaugurar la toma de posesión de aquella modalidad poética, les leyó, a sus más cercanos amigos, muchos de sus recientes trabajos:

*Del verano, roja y fría  
carcajada,  
rebanada de sandía.*

Algunos se rieron. Otros, al aceptar la presencia del *hai-kai*, siguieron, con éxito, el ejemplo de Tablada quien, para sus cofrades, continuó escribiendo azules *hai-kais*, tan llenos de sutil belleza como los largos poemas de Neruo o los madrigales enfermos de Urbina:

*El insomnio:  
en su pizarra negra  
suma cifras de fósforo.*

De Méjico, y del propio huerto lírico de Tablada, a donde primero emigró el *hai-kai* fue al Ecuador. Carrera Andrade, un poeta casi tan grande como Neruda o como León de Greiff, con sus "micropoemas", una especie de tenues hilos de claro rocío con música suficiente como para poblar, de suaves ecos, un bosque en primavera, inició la era ecuatoriana del verdadero *hai-ku*. Sobre esta modalidad, Andrade escribió, así, en un estupendo ensayo de interpretación crítica:

"...El *hai-ku* es un poema distribuido en tres líneas. En tan estrecho espacio parece empeño imposible encerrar los grandes movimientos del universo. Mas, por una especie de trabajo mágico, el poeta consigue hacer entrar el infinito en esa pequeña prisión, donde caben todas las sorpresas".

Después, el mismo Carrera Andrade, se encarga de comprobar que en esa "pequeña prisión" lírica sí pueden caber, y caben, en efecto, las más bellas sorpresas de la inspiración de los poetas:

*Todas las madrugadas  
en el buche del gallo  
se vuelve cada grano de maíz  
una mazorca de cantos.*

Del Ecuador, el *hai-kai*, siguiendo su marcha, exótica y triunfal, hacia otras latitudes, buscó nuevos surcos. Un día llegó a Colombia. Muchos poetas lo aclimataron en sus huertos. Alguno, hace largos años, escribió esta maravilla, de fino garbo y de sutiles gracias:

*Cuando paseas  
la finura  
de tu figura  
por la avenida,  
bien se ve  
que ya no llevas  
el corsé.*

Otro poeta, acaso también colombiano, escribió algo más transparente, más leve, más delicado y más lleno de cierta vaga melancolía que lo ya citado, en este trabajo. Parecen, los versos del poema, no hechos de palabras sino de inefables hebras de pálida luna:

*Velas latinas,  
puertos remotos,  
densas neblinas,  
viejos pilotos.*

Pero no han sido muchos, sin embargo, los poetas nuestros que hayan usado el *hai-kai* como frecuente demostración lírica de su inteligencia. Pocos, más bien. Martán Góngora, en *Lejana patria*, tiene poemas que se acercan, y mucho, al micropoema de Carrera Andrade, al *hai-ku* de Tablada o al del poeta japonés Yaha:

*Bajo la hoja prisionera  
la tristeza del mundo  
mira pasar la anémona.*

Así cantó Yaha. Y así canta Helcias Martán Góngora:

*Cuando te callas  
es como si una rosa  
se deshojara.*

Pocos poetas utilizan el *hai-kai* para cantarle al Amor, a la Vida, a la Muerte, a las Mujeres y al Olvido. Nada impor-

ta. Nos contentamos con saber que aquella inquietud métrica, aquella ágil forma de la poesía, no ha sido, para nosotros, sordo eco de distantes campanas o vano palpitar de la sangre. De cuando en cuando, entre la producción literaria de algunos poetas viejos o de algunos bardos jóvenes, encontramos limpias muestras de *hai-kais* que pueden juntarse, de pronto, con bellísimos micropoemas escritos, en España, por Manuel Machado:

*Canta, canta, canta  
junto a su tomate  
el grillo en su jaula.*

Uno de esos nuevos poetas se llama Ernesto Cortés Ahumada. Y acaba de publicar, en un breve cuaderno, una rica serie de sus más bien logrados poemas. Entre tales poemas —amorosos, eróticos, dolidos y trémulos— resalta, por la tela, el hilo, el agua, el carbón o la miel de que está hecho, un puro *hai-kai*, o micropoema, con raíces tan hondas que sería, de intentarse, muy difícil arrancarlo del huerto de la mejor poesía joven de Colombia:

*Has vuelto  
a tus tardes  
de lujuria  
solitaria.*

*Quién fuera temblor  
loco y eterno  
temblor en tu seno,  
temblor en tu vientre.*

Apenas, y en compañía de 22 cantos, este breve sentir armonioso del poeta. Una perla. Y una perla, no obstante, entre un mar de perlas. O de zafiros. O de fúlgidos diamantes. O de ágatas, de rútilos tonos invernales. Algo así. Pero, ante todo, un frágil poema en el cual, al llegar al último verso, se siente, en realidad, un raro temblor que incita, que compromete y que embriaga, en las venas, el río amoroso de la sangre.

Sangre y sed. Alcobas. Besos nocturnos. Caricias lentas o vientos de verdes espigas, en los poemas de Cortés Ahumada

—*Los amantes*— que dejan, al ser leídos con sumo cuidado, una como voluptuosa alegría de tactos, de abrazos o de interiores goces del corazón:

*Tú conoces mi alcoba  
donde tu sed y mi sangre durmieron.  
Como un nocturno beso de viento y espiga  
que ser carne vida quiso.*

O, en *Naturaleza viva*, otro breve y tierno poema de claro y dulce amor:

*Quítate, mujer, uno a uno  
tus enigmas.  
Un aderezo, una blusa henchida,  
un perfume o el embrujo  
lucero del ángel.*

O, todavía más tierno y más borracho de frenética locura que una llama de abril contra la turgente brasa azul del crepúsculo, este otro:

*En este lecho estuvo el mar.  
Cada vez que duermo bajo su dosel,  
me azota el olor de tu cuerpo desnudo  
que aun sopla en las sábanas.*

Y, de esa manera, con poemas en donde tiemblan el viento, la carne desnuda, los besos y las suaves caricias, en este cuaderno de poemas de Ernesto Cortés Ahumada, no se sabe, a la postre, por cuál de esos poemas, por cuál de esos centenares de eróticos versos de pasión creciente, ha de decidirse, al cabo de ir leyendo, uno a uno, el lector que llega, al poemario, con sed de agua de mar, de río, de lago, de nube o de húmedo lirio, palpitante de sensuales deseos.

*Los amantes* nos van evidenciando, paso a paso, que Ernesto Cortés Ahumada no solo es un poeta sino que es un pintor. Y hasta un músico. Es que hay poemas, en el cuaderno, que parecen escritos, a veces, por un viejo director de orquesta.